



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Lujos y límites de la diversidad

Autor:
Sánchez, Matilde

Revista
Mora

1996, N°2, pp. 173-174



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Lujos y límites de la diversidad

Matilde Sánchez *

Durante nueve días, un pueblo serrano en las afueras de Pekín se convirtió en el centro imaginario del mundo. Huairou no tenía otro encanto que su neutralidad, que acrecentaba el exotismo de las viajeras, como lucen las joyas sobre un terciopelo oscuro. Aquello era el planeta de las mujeres, y daba la impresión de que todas estaban allí, cuando en realidad se trataba de lo contrario. Esas mujeres eran las delegadas de todas las mujeres del mundo, y también las emisarias de dos mundos, el mundo que llegaba a su fin y el nuevo mundo que ellas mismas confiaban en alumbrar.

Se ha dicho del Foro de Organizaciones No Gubernamentales que fue un Woodstock, y es cierto. Fue un festival en más de un sentido: una celebración de la diversidad, en perfecta sintonía con la época, porque además del milenio, cerraba un ciclo de lucha histórico. Tiendo a creer que el Foro marcó el fin a un modelo de autogestión revolucionaria, por así llamarlo, y abrió desafíos que son de estilo, y por lo tanto de organización. En nueve días se llevaron a cabo 5000 talleres, a razón de 450 actividades diarias. Huairou fue el bazar de las problemáticas femeninas, con todo el colorido del bazar -y también con su anarquía. Porque como en la torre de Babel, o como en la biblioteca de Borges, todo era

simultáneo: la diversidad dispersó, sacrificó la concentración a cambio del pluralismo. Ese es el gran debate que ahora deberíamos encarar las mujeres.

Más allá de las canastillas de trenzas y los pies tatuados de las mujeres de Mali, de los arcos de plata de las tibetanas -y las mujeres exhibieron sus adornos, su patrimonio simbólico, con orgullo-, la inagotable variedad fue la energía de Huairou, pero también su talón de Aquiles. Es cierto que una consigna menos dispersa, más orientada hacia el nudo de los problemas y menos hacia las distintas modalidades culturales que estos adoptan, no habría convocado un público tan nutrido ni heterogéneo, lo cual a su vez habría reducido la resonancia del evento. Pero también es cierto que habría dado al encuentro un carácter más político y eficaz. Esa diversidad, de la que se habló con la sorpresa de un descubrimiento -y de verdad lo fue para todas-, puso en escena las paradojas que anidan en cada movimiento internacionalista, en este caso el feminismo.

“Hermandad en Pekín”: así tituló la revista **Time** una de sus grandes notas sobre el encuentro en China. Si el título ilustra el clima festivo de esos nueve días de Huairou, no deja de ser una lectura romántica del movimiento de mujeres. Precisamente borra esas para-

* Periodista y escritora.

dojas de las que hablaba. Porque junto al Colectivo Internacional de Prostitutas, a las Mujeres Japonesas violadas durante la Segunda Guerra, junto a las gremialistas argentinas de la Asociación de Trabajadores del Estado, también estaba en pleno el lobby norteamericano anti-aborto -y eran estas últimas las más conscientes de que en rigor se trata de una lucha política, y de que la hermandad constituye una lectura romántica. El lobby contra el aborto en los Estados Unidos es uno de los más influyentes que actúa en el Congreso. Organizaciones como la Family Foundation o True Majority tienen conexión con el lobby de armamentos e incluso relación tangencial con las milicias de la extrema derecha norteamericana. La Santa Sede ayudó con aportes importantes a financiar la participación de los grupos conservadores de mujeres en todo el mundo. El movimiento de mujeres no es ajeno al decurso de la política global. En todo caso, el Foro exhibió los límites de la democracia, en la que el pluralismo contiene el germen de su propia traición. Las mujeres parecen las más indicadas, en términos de revancha histórica, para dar forma a una nueva teoría

de la democracia que blinde a ésta contra sus amenazas internas, que la proteja de los peligros de su propia lógica integradora. Y no se trata de una visión conspirativa de la realidad, sino del modo de funcionamiento del poder.

Pero no es esa la única contradicción. La instancia Naciones Unidas es una invención del primer mundo occidental, a la que muchos de los países reunidos en la Conferencia de Pekín no toman realmente en serio a la hora de diseñar sus políticas para la mujer (el nuestro, entre otros). La utopía de Naciones Unidas gira entorno a la universalidad de los derechos humanos, espíritu globalizador que los países aislacionistas -al menos en su política cultural- rechazan por principio (me refiero a los regímenes autoritarios y a los países islámicos). La diversidad -mejor dicho, la antinomia- se vio en la interminable negociación oficial entorno a aquellos temas que hacen al núcleo de la identidad imaginaria de un país, es decir a su cultura: la familia, la igualdad de la mujer dentro de la familia. ¿Podemos, con honradez intelectual, predicar que los derechos de las mujeres son universales, que todas somos hermanas en la igualdad, y asumir al mismo tiempo la defensa de la singularidad de las vecinas? A pesar del color de los arreos y el pluralismo, tanto en Pekín como en Huairou se hablaba casi exclusivamente inglés. Antes de viajar, supe de más de una argentina, todas ellas comprometidas de un modo y otro en el activismo, que no viajaría a China porque no dominaba el idioma, lo cual se reveló de verdad limitante.

Podemos argumentar que las mujeres de Yemen, sepultadas entre velos, que apenas podían leer porque el velo cubría literalmente sus pestañas -mujeres cuyos rostros nunca vimos, que tal vez olvidaron, ellas mismas, sus rostros-, no son víctimas de su cultura sino de los prejuicios en su país. Yo también quería arrancarles los velos de un solo golpe, liberarlas de su esclavitud; o mejor, de lo que yo entiendo como esclavitud. Pero esas mujeres bastan para exigir de nosotros una reflexión más sólida y rigurosa sobre la universalidad de los derechos humanos, y sobre la diversidad de los problemas de la mujer.

Cornelius Castoriadis ha analizado *la esquizofrenia eufórica de los boy-scouts intelectuales de las últimas décadas, que preconizan simultáneamente los derechos del hombre y la diferencia radical de las otras culturas*. Castoriadis concluye que la lucha contra el racismo y el chauvinismo no debe confundirse acerca del nacionalismo implícito en nuestras mejores intenciones: los occidentales defendemos valores *creados por nosotros, que consideramos válidos para todos, que no tienen relación con la raza o el color de la piel y a los que queremos convertir, sí, razonablemente, a toda la humanidad*. En otras palabras: si arranco tu velo, te daré la libertad de no saber quién serás en adelante. Al menos yo tendría que ser honrada. Esa mujer yemenita acabará dándome la razón, solo que dentro de un siglo.

Aún así, confío en que el mundo no será igual después de China.